

UNIDAD 1. EDUCACIÓN AMBIENTAL Y PEDAGOGÍA

Contenidos:

- 1. La crisis ambiental y la educación como respuesta**
- 2. La educación ambiental, heredera de las escuelas de pedagogía activa**

Introducción

La educación ambiental surge como respuesta al conjunto de impactos ambientales y sociales que conocemos como crisis ambiental. Una vez que definimos el sentido de este término, iremos introduciendo diferentes formas de intervención para que el momento de incertidumbre actual pueda derivarse hacia escenarios sostenibles. La educación ambiental constituirá la respuesta personal y social frente a la crisis, pero no la única, y su efectividad dependerá de una adecuada combinación de actuaciones institucionales, sociales e individuales.

La educación es una importante herramienta de transformación como declaraba Pablo Freire: la educación no cambia el mundo, cambia las personas que van a cambiar el mundo. La educación ambiental no es sino una aplicación de las mejores propuestas pedagógicas, concretamente las que se fundamentan en la pedagogía activa e integral con vocación transformadora; por tanto, la formación docente de los educadores ambientales debe dirigirse hacia las escuelas que caminan en la dirección indicada y cuyos representantes más significativos se presentan en esta Unidad.

1. La crisis ambiental y la educación como respuesta

INTRODUCCIÓN

Desde que apareció el primer ser humano sobre nuestro planeta, se vienen produciendo impactos ambientales. No hay nada en ello de malévolo o perverso, sino el resultado de leyes termodinámicas que vienen a decirnos que en nuestra relación con la naturaleza nada puede salirnos gratis o, dicho de otro modo, que en los procesos en los que partimos de recursos naturales para obtener productos elaborados, hay siempre pérdidas, que suelen materializarse como subproductos, vertidos o calor, y que ya genéricamente podemos denominar contaminación. El descubrimiento del fuego hace más de cien mil años permitió a nuestros ancestros calentarse, defenderse, moldear materiales, fundir metales..., pero siempre necesitaba de un combustible –en aquella época la madera- de cuyo proceso derivaba la emisión de dióxido de carbono, vapor de agua, cenizas, partículas, etc.

Sin embargo, a lo largo de la historia los impactos ambientales han sido escasos, y durante muchos miles de años el medio ambiente no sufrió daños apreciables. Ello era debido a que el volumen de población era menor, pero, sobre todo, a que las actividades realizadas no eran muy intensivas, por lo que la naturaleza, en sus amplios y generosos límites de absorción, reciclaba nuestros desperdicios incorporándolos a los ciclos naturales. También es cierto que en épocas pasadas –y quizás no haya que remontarse mucho tiempo atrás- los bienes se fabricaban y adquirían para ser duraderos.

Lógicamente, cuando el ser humano emprendió acciones de gran envergadura, la naturaleza se resintió y los impactos tuvieron, en algunos casos, una fuerte incidencia. Tal ocurrió con la construcción de las Pirámides de Egipto, la mayor obra en piedra realizada por el hombre hasta nuestros días. Se cree que para construirla se utilizó tanta madera como su propio volumen, para lo cual debió producirse una deforestación a gran escala. Las consecuencias de la misma son hoy todavía evidentes, creyéndose, incluso, que pudo contribuir a agudizar la desertización del Sahara, zona en otro tiempo fértil. Similar a este ejemplo, los malos usos del terreno provocaron en algunas zonas de Grecia escorrentías, a través de pendientes



desnudas, que anegaron algunos de los puertos antiguos más florecientes, como Éfeso; y la construcción de ciudades y armadas en Europa también produjo sustanciales pérdidas en los bosques. Pero estos impactos, aunque no desdeñables, fueron puntuales; la situación, sin embargo, se iría generalizando en los siglos posteriores, a partir de la Revolución Industrial y especialmente en la segunda mitad del siglo XX.

La mentalidad emanada de la Ilustración y la Modernidad, de progreso y crecimiento como vías de creación universal de riqueza, fue asumida muy bien por el modelo capitalista e imitada, con sus matices, por el socialismo de Estado. El capitalismo, que se fue configurando a partir de la caída del muro de Berlín como sistema hegemónico, tiene como objetivo único (más allá de algunos primeros proyectos filántropos) la obtención del beneficio económico o plusvalía, a lo que se supedita todo lo demás: si, incluso, los seres humanos eran considerados mercancía, cuya fuerza de trabajo se compra y explota, ¿cuánto más no iba a resultar la naturaleza? Sus recursos fueron utilizados sin miramientos, y puesto que el beneficio debe ir incrementándose y el capital recirculando, la extracción y procesamiento de recursos y fuentes de energía fue haciéndose más y más intensa, fabricando bienes de ciclo de vida más corto en un marco de incesante cambio.



Tras la recuperación económica que siguió a la segunda guerra mundial, fue modelándose la sociedad de consumo, es decir, la puesta a disposición de la gran mayoría de los ciudadanos bienes que hasta entonces habían estado reservados a una privilegiada minoría. Así, con mayor o menor financiación, el vehículo particular, los electrodomésticos o la segunda residencia fueron figurando entre los bienes propios de cualquier familia media, que en un principio eran cuidadosamente valorados y conservados, quizás por ser conscientes del esfuerzo y la novedad que su satisfacción ofrecía. Mas esto no bastaba para un sistema económico insaciable que entendió que el ciclo debía acelerarse, y así muchos productos iban quedando obsoletos mucho antes de lo que potencialmente se esperaba. Con una fuerte presión de la publicidad y el marketing, automóviles, ordenadores, teléfonos móviles, equipos de visión y sonido, fotografía..., se renovaban en tiempos insólitamente cortos, instigados por una publicidad permanente y agresiva que señalaba como triunfadores a los que poseyeran el último modelo de cada uno de los artilugios que los medios ofertaban.

Y es en este marco en el que comenzamos a hablar de crisis ambiental.

LA CRISIS AMBIENTAL

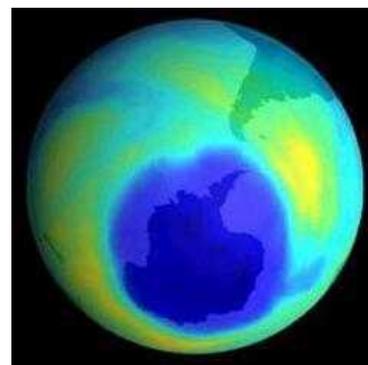
La crisis ambiental no es un término coloquial. Es un concepto aceptado y una verdadera realidad cuyo significado cae plenamente dentro de su definición: momento crítico, de encrucijada, incertidumbre y decisión. Mas, ¿qué razones tenemos para afirmar que hoy nos encontramos bajo una situación de crisis?

Citaremos cinco factores. El primero de ellos es la **globalidad**. A lo largo de la historia, y en esa relación dialéctica entre ser humano y naturaleza, se han producido multitud de impactos locales llegando, cuando su alcance era más elevado, a convertirse en regionales, afectando en este caso a áreas importantes. Además de los ya citados históricamente, podríamos incluir la lluvia ácida, en donde las emisiones de los gases que las originan pueden producirse en un país y aparecer la precipitación en otro, no demasiado distante el original. Mas lo que nunca había acontecido hasta nuestros días era la presencia de problemas ambientales que, de una manera u otra, afectan a todo el planeta. Dos buenos ejemplos, aunque no los únicos, son la reducción de lo que conocemos como capa de ozono y el incremento del efecto invernadero que está originando el actual cambio climático. Son, por otra parte, problemas que no han sido originados por todos los países por igual –la responsabilidad recae especialmente en los países más desarrollados, que son los que más consumen y mayor contaminación producen- pero que en mayor o menor medida todos los están padeciendo. La globalidad no supone sólo un aumento en la intensidad de los impactos, sino un “salto cualitativo”, un nuevo perfil en los problemas ambientales que está exigiendo esfuerzos internacionales para su resolución.

En segundo lugar encontramos la **rapidez** a la que la crisis ambiental se está produciendo. La forma en la que hoy evolucionan los problemas ambientales suele ser de tipo parábólico, exponencial, lo que nos habla de cómo en las últimas décadas se han ido intensificando. Esto vale para representar desde el aumento de población al consumo de fertilizantes, pasando por las emisiones de cualquier contaminante a la atmósfera. La gravedad, de este modo, llega a encontrarse no tanto en el propio problema en sí, sino en el tiempo tan extremadamente corto en el que está aconteciendo. Así, cambios climáticos ha habido muchos a lo largo de la historia de la Tierra (y también de la humanidad), pero nunca tan rápidos como ahora, y cuando así lo fueron, como cuando impactó el meteorito que condujo a la extinción de los dinosaurios en el Mesozoico, se necesitaron miles de años para recuperar las condiciones anteriores. Un cambio rápido impide la adaptación progresiva de los organismos a las nuevas condiciones, provocando la extinción de muchos de ellos y dificultando las condiciones de vida de los demás.

El siguiente factor lo encontramos en el **número** de aspectos ambientales problemáticos que solemos citar cuando nos referimos a la actual situación ambiental. Ya no hablamos sólo de la contaminación del aire, del agua o del suelo, al menos en su forma clásica, sino que cada vez aparecen nuevas áreas de interés y preocupación. Hoy nos referimos, además, a los radicales libres, oxidantes fotoquímicos, disruptores endocrinos, productos orgánicos persistentes, variedades modificadas genéticamente o contaminación electromagnética, que vienen a añadirse a la larga nómina de los problemas anteriores. Es, por tanto, una crisis multiforme, manifestada en muchos aspectos de nuestra vida diaria, y que al tratarse de formas de contaminación crónica y aún no suficientemente conocidas, nos cuesta relacionarlas con la salud y la calidad de vida; por ello, debería imponerse el *principio de precaución* allí donde los datos no fuesen suficientes, y directamente el de *protección* detrás de las evidencias.

Mas los problemas **no actúan aisladamente** –cuarto factor- sino que se retroalimentan. Como consecuencia del incremento del efecto invernadero, parte de la radiación infrarroja que la superficie terrestre debería reflejar al espacio queda atrapada por las moléculas de dióxido de carbono o metano, entre otros gases, por lo que la estratosfera se enfriará. Una estratosfera más fría favorece la destrucción de la capa de ozono al facilitar la formación de nubes heladas que aceleran las reacciones que intervienen en estos procesos. Al mismo tiempo, una capa de ozono debilitada permite la penetración de mayor cantidad de radiación ultravioleta B a la superficie de la Tierra dañando la vegetación y el fitoplancton, con lo que se reducirían los sumideros naturales de dióxido de carbono, favoreciendo así una mayor incidencia del cambio climático. De manera similar, un aumento de temperatura incrementará la reactividad de la baja atmósfera dando lugar, entre otros procesos, a una mayor formación de ozono troposférico, ya que en esta clase de contaminación intervienen decenas de reacciones químicas, la mayoría de ellas dependientes directamente de la radiación solar y la temperatura.



Terminemos con la última característica: la **persistencia**, esto es, la dificultad en eliminar y liquidar los problemas ambientales una vez que hemos puesto los medios para resolverlos. Sin llegar al caso extremo de los residuos radiactivos, que permanecerán miles de años entre nosotros, no es difícil encontrar productos que aparecen en los lugares más recónditos, bien porque los detecten redes de contaminación de fondo, o bien porque aparezcan ya incorporados a los propios seres vivos, como se ha citado en relación con ciertos pesticidas encontrados en los tejidos grasos de los mamíferos polares o en la leche materna. El mismo asunto de los CFC, destructores de nuestro ozono protector, fue satisfactoriamente resuelto en el Protocolo de Montreal de 1987 y sus

sucesivas revisiones, sin embargo, los riesgos de la radiación ultravioleta sobre los seres vivos continúan porque los CFC tienen largos tiempo de residencia atmosférica –alrededor de los 100 años- así que aún pasarán varias décadas antes de que el ozono esté definitivamente recuperado. Generamos, pues, problemas que más tarde nos costará gran trabajo resolver.

Las consecuencias de estos factores de riesgo son tan evidentes que quizás no merezca la pena detenerse mucho en ellas. Tal vez lo más grave sea la alteración del equilibrio ambiental, lo que podría modificar las condiciones de existencia de muchos seres vivos y hacer más difícil la nuestra. Y de forma paralela, la de nuestra propia salud, cada vez más erosionada por los factores exteriores, aunque al tratarse de impactos a medio y largo plazo en donde no aparece de un día para otro la relación causa – efecto, tendemos a ignorarlos o a atribuirlos a factores casuales, para regocijo del sistema que ve difuminada la posible contestación frente a los agentes nocivos que produce y disemina.

La crisis ambiental tiene responsables. Se nos quiso hacer creer tiempo atrás que era el precio del progreso, consecuencia inevitable de nuestro necesario desarrollo. Mas hoy sabemos la mentira que ese mensaje esconde, porque no es el resultado del progreso, sino de una determinada manera de entenderlo. Nadie duda que, mientras haya un ser humano sobre la Tierra, habrá avance y desarrollo, por lo que lo importante hoy es dar a esa palabra el matiz apropiado. El modelo de crecimiento actual es consecuencia del sistema económico capitalista, para el que el principal objetivo está en la cuenta de beneficios, y a esto se supedita todo lo demás, naturaleza y seres humanos convertidos en su lógica en mercancía explotable. Y aunque este modelo hoy se encuentra más civilizado en relación con periodos históricos anteriores –las normativas, sanciones, imagen, subvenciones..., tienen en ello mucho que ver- todavía debe ser contestado y, en lo posible intervenido, dotándole de mayor carácter social y obligándolo a ser respetuoso con un mercado más justo, que no conduzca a la exclusión de la mayor parte de la población. Nada de esto se logrará voluntariamente si no es con una fuerte sociedad civil.

Por lo tanto, el modelo de desarrollo al que todos parecemos inclinarnos hoy es hacia el llamado desarrollo sostenible. Incluso la OCDE ha modificado alguno de sus artículos para añadir el mencionado calificativo. La elección del desarrollo sostenible no es una simple opción, sino que cada vez se vislumbra como la única solución posible. Un sencillo dato nos lo ilustrará. Según cálculos conservadores, hoy utilizamos ya el 25% de los flujos y recursos naturales para mantener nuestra actividad. ¿Hasta cuánto más podríamos aumentar? Lógicamente, no más de cuatro veces, lo que nos situaría al 100%. Sin embargo, para que cualquier ciudadano de la Tierra pudiera vivir como lo hacemos los de los países ricos, necesitaríamos aumentar esa proporción en 20 veces. Decididamente, imposible.

LOS VALORES AMBIENTALES

Hay para el futuro inmediato diferentes escenarios. El primero es continuar como hasta ahora, con un Norte rico (aun con sus bolsas de pobreza), minoritario, y un gran Sur empobrecido. Es una opción posible, apoyada por la inercia del modelo actual: a los ciudadanos del Norte les va muy bien así y a los del Sur, pasada ya la época de los movimientos revolucionarios, les queda el imitarnos (si su situación no es muy desesperada), de la mano de las recetas del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, o el huir, intentando alcanzar el paraíso del consumo, a veces con un precio demasiado alto. Pero hay también otras posibilidades. De hecho, el futuro no está escrito y lo que acontezca será el resultado de la dirección que le imprimamos. Dicho de otra manera, sabemos que hay solución para los problemas sociales y ambientales: la capa de ozono se pueda restaurar, el cambio climático, detener, y pueden encontrarse vías para un desarrollo verdaderamente sostenible. Mas para ello hay que actuar, en lo personal y en lo comunitario.

Cualquier propuesta hoy de cambio socio – ambiental debe incluir esas dos dimensiones. Hay que actuar políticamente, colectivamente, preocupándose por los hechos que suceden a nuestro alrededor y las causas que los originan, actuando y exigiendo soluciones duraderas, más allá de parches o caridades a corto plazo. Y esa actuación es indisoluble de la personal, en la que la educación ambiental tiene mucho que decir. Somos conscientes, y las encuestas de opinión así lo revelan, que nuestra sociedad valora sobre todo lo propio, lo privado –materializado en la familia, los amigos, el tiempo libre...- y es olvidadiza en cuanto a lo público y al compromiso. También que nuestros conciudadanos son dados a moverse con rapidez en proyectos de los que obtengan una rentabilidad cierta (si no dinero, puntos para oposiciones o créditos estudiantiles) y lentos y distraídos cuando se abordan tareas a largo plazo sin mayor recompensa que el deber cumplido. Creemos que la educación juega un papel fundamental en este cambio de intereses, educación de verdad, transformadora y revolucionaria, heredera de las grandes escuelas de pedagogía activa que apostaban, sin ambages, por un ser humano nuevo y comprometido.

La educación ambiental así entendida será una herramienta imprescindible en el camino hacia la sostenibilidad. Necesitamos reducir nuestros niveles de consumo y plantar cara a un modelo de crecimiento económico que se apoya en bienes y productos, si no superfluos, de incesante renovación. Mas esto no será sino consecuencia de un cambio de nuestra escala de valores. Sustituir los contravalores que el sistema difunde: vive el momento, usa y tira, ve a lo tuyo, todo vale..., por valores verdaderos que profundicen en el ser, porque sólo así nos reportarán satisfacciones profundas. El sistema capitalista sabe bien que fomentando la superficialidad puede orientar la insatisfacción que resulta hacia los sucedáneos. Ante esto hay que aprender, en palabras de Platón, a recordar lo que ya sabemos, lo que tenemos en nuestro interior y necesitamos

redescubrir para construir adecuadamente nuestras vidas. Y si bien los valores ambientales son numerosos, podemos escoger cinco entre los más representativos:

- **Austeridad.** Es el gran revulsivo a la sociedad de consumo. Vivimos bajo el imperio de la publicidad, imaginativa, seductora y omnipresente, cuyo mensaje no es más que éste: compra, renueva. No le importará jugar con los sentimientos y sensaciones para que se asocie el producto con las mismas. Mas, frente a ello, la sencillez y la simplicidad aparecen como opciones liberadoras, inteligentes y necesarias: Sé elegir sólo lo que necesito y mis necesidades verdaderas no están puestas en los escaparates. Consumiendo menos podremos consumir todos, ahora y en el futuro, y orientar nuestro tiempo y atención hacia metas más elevadas.
- **Conservación.** Es el saber cuidar, el mantener lo que poseo para que me siga siendo útil, el alejamiento de la moda y de lo que Lipovezsky ha llamado el imperio de lo efímero. Gozar más cuidando y conservando que tirando, encontrar que muchos materiales pueden tener una segunda vida e idear nuevos usos para aquellos que perdieron el primero. Lo valioso debe ser conservado y en la naturaleza la mayor parte lo es.
- **Respeto.** Puede ser un revulsivo en una sociedad acelerada, agresiva y desconsiderada. Invita a la serenidad, la reflexión y el diálogo, así como al encuentro del rostro del otro, que tan bien expresó E. Levinás. Pero el respeto no pretende quedarse sólo entre humanos –lo cual ya sería un gran logro- sino extenderse hacia toda forma de vida para las que este planeta es también el único. En Occidente hemos vivido demasiado tiempo de espaldas a la naturaleza –tal vez de ahí procedan muchos de nuestros problemas actuales- y ahora se trata de recuperar esa dimensión perdida, fraternizando en la vida con el resto de las especies. El respeto aumentará también nuestro nivel cultural poniendo en cuestión fiestas crueles, incluidas las atávicas corridas de toros y “actividades deportivas” como la caza, antaño necesaria para el sustento y vestido, y hoy sin justificación alguna. Este valor de defensa del más débil debiera ser un lema a aprender desde pequeños (*cuando se es fuerte, hay que ser bueno*, decía Franklin; y Gandhi: *cuanto más indefensa resulta una vida, más derecho tiene a ser protegida*) y demostrado a lo largo de toda la vida.
- **Sentido histórico.** Lo que nos diferencia, precisamente, de los animales es la capacidad de hacer historia, progreso y cultura. Hoy disfrutamos de múltiples comodidades, si consideramos sólo el aspecto material, porque alguien antes de nosotros las ideó e introdujo. Nuestro deber es continuar mejorando este planeta, en lo material y en lo espiritual, para las generaciones venideras. Hoy hablamos mucho de derechos y estamos prestos a exigir los que nos corresponden, olvidando a veces que si podemos disfrutarlos fue porque alguien, antes que nosotros, tomó sobre sí deberes para que los derechos pudieran conseguirse. Hablar de mejorar se refiere a esto, a lo más positivo, y no a dejar

cachivaches ni desechos que nos señalen por nuestra irresponsabilidad. Este valor cuestiona el “vive el momento” que la publicidad y el sistema quieren generalizar, como si cada acto de nuestra vida no tuviera consecuencias y como si no hubiera situaciones en las que la reflexión se antepone a un atolondramiento adolescente en el que les gustaría vernos siempre sumidos. La mejor pedagogía, con Pablo Freire a la cabeza, apostó por este sentido histórico y responsable con nuestro futuro y el de las generaciones venideras.

- **Compromiso.** Es el ingrediente y el valor que hace posible todo lo anterior. Cuestiona el modelo individualista que se agota en lo más cercano e invita a llevar la responsabilidad que a cada uno le corresponde en la marcha de la historia. Supone compartir parte de nuestro tiempo, de nuestras inquietudes, de nuestras preocupaciones y también de nuestros bienes y de nuestro dinero para apoyar las causas en las que creemos y que queremos algún día ver hechas realidad. Compromiso también con uno mismo, con nuestros principios, que, por cierto, deben alimentarse igual que hacemos con nuestro cuerpo, pues si no, pueden desvanecerse frente a los modelos dominantes. Alimentar nuestros valores es parte también de nuestra responsabilidad y compromiso.

La educación ambiental y los valores que promueve deben extenderse a todos los ámbitos sociales. A veces, equivocadamente, se piensa que el ámbito preferente, cuando no el único, de la educación ambiental está en la escuela, pero aun suponiendo que la escuela educase (y no sólo formara en las disciplinas académicas), no debería quedar como una isla en la sociedad en la que vive, pues de poco serviría que se educase allí si la sociedad no la acompaña. Hoy se aprende de la familia, de los amigos, de la calle, de los medios de comunicación. Por eso la educación ambiental debe dirigirse a todos los sectores: jóvenes, mujeres, adultos, mayores, consumidores, trabajadores, empresarios. Con los contenidos y metodologías propias, pero siempre intentando la implicación de los receptores. Y buscando siempre la continuidad mediante la creación de estructuras estables, como Aulas de Medio Ambiente, Vocalías, Consejos, Comisiones..., que garanticen permanencia y proyectos a plazo.

No es difícil, finalmente, encontrarnos con la pregunta: ¿por qué tengo que actuar a favor del medio? o ¿es verdaderamente eficaz lo que haga? Allá van algunas reflexiones:

- ◆ Al actuar responsablemente y con valores, estoy haciendo **lo que debo**, no importa que lo que haga o aquello en lo que crea lo sigan muchos o pocos. Nunca la verdad se atuvo a mayorías, de manera que mi actuación es la respuesta ética a lo que la realidad me exige. Haciéndolo soy coherente y es mi deber encontrar la razón de mis actos.

- ◆ Pero además, estoy ya **consiguiendo objetivos** y modificando comportamientos. Es decir, una actuación responsable y comprometida no sólo es ética, sino que es eficaz. Cuando llevo vidrio, papel...a reciclar –por tomar uno de los ejemplos más elementales- estoy ya contribuyendo a la recuperación de unos materiales concretos, fomentando el ahorro de energía y la conservación de los recursos. Todo esto es cuantificable, de manera que si una tonelada de vidrio reciclado supone el ahorro de 160 kilos de petróleo, con mi actitud estoy haciendo posible el ahorro de un determinado porcentaje de la cantidad considerada. Igualmente cuando rechazo la oferta de un mensaje publicitario y elijo conservar mi teléfono móvil o mi ordenador, más allá de los nuevos servicios ofrecidos -no siempre necesarios- que me invitan a dejar el modelo antiguo, aún en perfecto funcionamiento, por un nuevo capricho. Además del fortalecimiento de la coherencia personal, estamos rechazando una oferta, detrás de la cual hay recursos valiosos y energía, al tiempo que impedimos la generación de nuevos residuos.
- ◆ Por último, **por nuestro ejemplo**. Esto que suele llamarse educación informal y que es la principal vía de comunicación no verbal con nuestros semejantes. Se ha dicho, con razón, que *las palabras mueven, pero los ejemplos arrastran*, y más allá de lo que podamos comunicar oralmente a los que nos rodean, nuestro modo de ser y comportarnos, nuestras opciones, nuestro ejemplo en definitiva, será lo que más llegue, tanto al núcleo más próximo como a quien, en un momento dado, sea testigo de nuestros actos.



La educación es una apuesta que no debe excluir ningún otro campo, pero que debe acompañar a todos. Tal vez no produzca resultados inmediatos, pero si sabe tocar lo que de profundo y permanente anida en cada ser humano, irá construyendo nuevos hombres y mujeres críticos y comprometidos. Lo dijo André Malraux y cada vez parece más urgente: sólo con sujetos éticos la humanidad podrá sobrevivir. Y hoy la expresión de la ética pasa por encontrar modelos de desarrollo justos y sostenibles. Ni el medio, ni millones de seres humanos pueden esperar indefinidamente.

2. La educación ambiental, heredera de las escuelas de pedagogía activa

LA PEDAGOGÍA ACTIVA

Las corrientes de pedagogía activa, aunque hunden sus raíces en la cultura griega, alcanzaron su mayor plenitud entre los siglos XIX y XX. Su objetivo está en el aprendizaje, frente a los métodos de enseñanza tradicionales, a menudo rayando el adoctrinamiento. Así, del alumno pasivo, receptor y digestor de los conocimientos procedentes de un profesor cuya autoridad no se cuestiona, se busca transformarlo en un sujeto activo, capaz de crear, elaborando un conocimiento útil, no sólo curricular, sino vital. La escuela activa pretende ser fiel a la máxima de Séneca ya señalada, que también han seguido algunas escuelas protestantes, preparando al alumno para todo aquello que de verdad le preocupa y que tiene que ver con sus intereses en la vida. Asimismo, ha querido hacer de la escuela no un lugar frío e impersonal (no muy diferente, en otras épocas, de una cárcel), sino cálido y acogedor, segunda casa –cuando no la primera- para los estudiantes. La eliminación de la tarima de Freinet, la utilización de materiales naturales, especialmente madera, de la pedagogía Waldorf, las clases circulares y los espacios flexibles, la humanización del patio escolar..., son algunas de las propuestas de estas pedagogías, que pretenden ilusionar, motivar y atraer con gozo a profesores y alumnos, pese a las dificultades y a sus circunstancias personales, como mostró la propuesta de Lorenzo Milani que se comentará más adelante.

El profesorado comprometido con la pedagogía activa está fuertemente motivado con la causa en la que cree: la educación como instrumento de integración y crecimiento capaz de hacer sujetos preparados para la vida y, a su vez, de trabajar por un mundo más justo. No sólo son profesores, sino maestros, vale decir, personas capaces de motivar con el ejemplo, de creer en lo que dicen y de hacer lo que creen. Sus intereses son amplios, no se limitan ni compartimentan a la visión estrecha de su materia, sino que apuestan y les motiva todo lo que pueda hacer crecer al ser humano. No existe el tiempo para ellos (Milani), buscan la educación integral (Ferrer) y la formación de la conducta moral mediante el diálogo socrático (Giner de los Ríos, del que Antonio Machado dijo que había hecho tantos maestros como discípulos tuvo), la comprensión crítica de la realidad (Freire), la colaboración y el constructivismo (Piaget), la proyección política y social (Milani, Makarenko, Freinet). A menudo esta pedagogía se ha realizado al margen del sistema educativo formal, aunque ningún colectivo discente ha sido excluido.

Este perfil es también aplicable al profesor de educación ambiental. Cuando esta materia se introduce en los niveles obligatorios del sistema educativo, se hace como eje transversal, en línea con las materias que se definen de educación para la vida, como la educación para la salud, la paz, el consumo o la igualdad de oportunidades. Al renunciar a que la educación ambiental esté como una asignatura más, se pretende imprimir un matiz más vivo y que sus contenidos estén distribuidos entre las diferentes materias curriculares, ya que la educación no sólo está relacionada con las ciencias naturales o experimentales, sino que también concierne –y cada vez más– a las ciencias sociales, la ética o el arte. Mas, para llevar esto adelante se precisa una única condición: contar con profesores – maestros, entusiasmados en preparar para la vida, en crear conciencia y formar personas comprometidas. No es necesario ni deseable ser un experto, pues está claro que no se puede ser en todo lo enseñable, sino apostar por todo lo que haga crecer a las personas y las convierta en más plenas y preparadas frente a los desafíos de su tiempo.

Formar, preparar para la vida, promover la crítica y el compromiso, no son tareas asépticas ni angelicales. La educación ambiental tampoco debe ser neutral y aséptica. No debe quedar sólo reducida en observar y proteger plantas y pájaros, sino que debe mantener un claro compromiso con objetivos transformadores: para asegurar el equilibrio, conservación, protección..., debe apostarse por un nuevo modelo social, económicamente equitativo, socialmente justo y ambientalmente sostenible. Y este modelo debe ir forjándose diariamente en lo personal y lo colectivo, bien sabido que no es una alternativa al gusto de todos, sino especialmente de los más desfavorecidos. Habrá muchos intereses, ávidos de la ganancia fácil, y reticentes, con los que se tendrá que mantener una interacción permanente. Para estos intereses privilegiados y promotores de la explotación y el despilfarro, la educación ambiental debe aparecer como un instrumento incómodo y subversivo, constituyendo así un indicador fiable de su autenticidad. Y tan sospechosa como la disciplina lo serán también sus instructores. Como toda educación, estará fundamentada sobre principios no violentos, haciendo de la reflexión y el diálogo su metodología. Y sabiendo, y aquí se encuentra una de sus principales bazas, que va a favor del sentido común, de la historia y de la supervivencia.

La educación ambiental se fundamenta también en el aprendizaje: sin hacer no se puede comprender, por ello las actividades son imprescindibles para esta disciplina. Dentro de la dialéctica reflexión – acción (muy en línea con la pedagogía liberadora de Paulo Freire), para que la educación ambiental sea tal y no folclore, debe partir de la reflexión y de la preparación de las actividades y, tras su realización, evaluarlas y continuarlas. Va a ir dirigida, indistintamente hacia niños, jóvenes y adultos, y buscará las causas de los problemas, una vez observados y discutidos, para proponer la correspondiente solución a corto y a largo plazo. Busca, por tanto, concienciar porque la educación ambiental sin el componente *para* nos es tal, se quedaría sólo en naturalismo o conservacionismo,

y no es esto lo que el medio ambiente hoy necesita. En resumen, el binomio de conciencia y actividad convierte necesariamente a la educación ambiental en pedagogía activa, heredera de los grandes hombres y mujeres que soñaron un mundo mejor a través de la educación. Recordaremos las aportaciones de estos maestros en la medida en que su praxis converge con la de la educación ambiental, por lo que la metodología de esta materia, recordando a Newton, ha sido alumbrada a hombros de gigantes. Los veremos según la cronología de su nacimiento.

MAESTROS DE LA PEDAGOGÍA ACTIVA

María Montessori (1870 – 1952)

“Al niño se le debe ayudar a obrar y expresarse, pero el adulto no debe actuar jamás en su lugar, sino cuando sea absolutamente necesario”



Comúnmente, considerada como la fundadora o iniciadora de la pedagogía activa, la convicción de esta pedagoga italiana, aunque médica por formación, es que la educación sólo se logra por la actividad propia del sujeto implicado, apelando a un clima de libertad para dar satisfacción a los estímulos propios de los alumnos. Por esta razón, la actividad tiene un papel esencial y debe disciplinarse para el trabajo a través de un ambiente adecuado. Su preocupación educativa se dirige hacia aquellas cosas útiles en la vida y, especialmente, a lo que despierta nuestro interés.

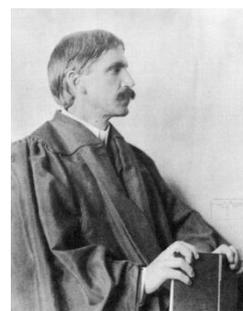
La educación ambiental comparte el aprendizaje como única vía de educación, y el carácter práctico es uno de sus rasgos claves. Si la educación ambiental no sugiere respuestas a los problemas ambientales, no sirve. En las escuelas infantiles basadas en la pedagogía Montessori, los niños aprenden a adquirir autonomía (vestirse, lavarse, comer), pero, sobre todo, a saber cuidar de su material, de sus prendas y de su entorno. Es ésta una magnífica iniciación al cuidado y conservación del medio, de hecho medio ambiente no son sólo los animales y las plantas, sino todo lo que nos rodea. Mal podremos ocuparnos de esto, si antes no somos responsables con el entorno más inmediato. Por ello, la primera lección de pedagogía ambiental, propia de estos primeros años, es aprender a conservar los enseres, materiales, mobiliario, así como a cuidar de sí mismo. La mirada se irá ampliando en años sucesivos en una secuencia lógica. La pedagoga italiana sienta así espléndidamente las bases para el inicio natural de la educación ambiental.

Aún podríamos citar otros rasgos de interés, como las habilidades que se le enseña al niño dentro del aula: saludar, saber escuchar, participar en una conversación, intervenir..., destrezas éstas en las que la educación ambiental también insistirá, por cuanto que el debate, argumentación, síntesis...están detrás de cualquier conflicto ambiental (la resolución de los problemas ambientales surge a partir de los conflictos de intereses); de encauzarlos adecuadamente dependerán posiciones finales de consenso.

En el contexto histórico en que vivió Montessori, fue un gran mérito no considerar la educación como mera instrucción. Fue pionera del *aprender haciendo*, aspecto hoy recogido por la metodología ambiental. Y el hecho de que la educación ambiental esté hoy considerada, tanto por la UNESCO como por buena parte de la legislación educativa, como de educación para la vida, acerca los fundamentos de ambas pedagogías, reconociendo en esta gran maestra una indudable vía de inspiración para todas las escuelas y pensamientos que aplican la pedagogía activa.

John Dewey (1859 – 1952)

“Conviene al profesor no solamente el adiestramiento de los individuos sino la formación de la vida social justa”



Este pedagogo nos interesa tanto por la relación que establece entre educación, filosofía y política, como por su apoyo al *aprender haciendo*, al aprendizaje, tan estrechamente unido a la metodología ambiental. Su visión de la escuela no se reduce sólo a la instrucción, sino a un lugar donde se aprende y se ejercita la democracia, uno de los ejes más importantes de su discurso pedagógico. Cree también en la presencia en la escuela de centros de interés para el alumno, que sean vitales y motivadores. Dentro de estos intereses se contemplan trabajos manuales (cultivos, talleres, cocina), imprescindibles en cualquier programa de educación integral. Las mejores pedagogías han visto tres importantes pilares en el desarrollo de la personalidad: cerebro, corazón, cuerpo. El fuerte desequilibrio de la escuela actual hacia el cerebro ha olvidado aspectos tan formativos y terapéuticos como el trabajo con las manos (y corporales), algo que para las primeras escuelas de pedagogía activa (a las que habría que añadir, además, las escuelas Waldorf) era fundamental. Y dónde mejor “aprender haciendo” que con los trabajos manuales.

Junto al aprendizaje y de la pedagogía centrada en el alumno, nos atrae de Dewey su valoración de la participación. Hay un claro contenido político en su obra, que también consideramos fundamental, por cuanto que es una dimensión básica de cualquier ser humano. El hombre como animal político, en definición de Aristóteles, no puede renunciar a pensar y comprender la sociedad para, más tarde, intervenir en ella con propuestas de justicia y equidad. Advertencia también importante en nuestros días en los que la política “no está de moda” y queda en manos de especialistas. Postmoderna es también la proliferación de ONGs, algunas de ellas de carácter ambiental, que no se cuestionan las causas últimas de lo que acontece y únicamente van poniendo parches y comerciando con el sentimentalismo y la sensiblería de sus simpatizantes, cuyas conciencias dormirán algo más tranquilas. Cualquier propuesta social con un mínimo rigor y fundamento debe ser también una propuesta política.

Finalmente, y según las conclusiones de algunos estudios, parece que el empeño pedagógico de Dewey estuvo dirigido más a los profesores y a la institución educativa que a los propios alumnos. Quizás también se echa hoy en falta semejante cometido al observar que en la escuela sobran funcionarios y faltan maestros. Sin ellos no hay forma de promover una educación para la vida. ¡Hay tantas cosas útiles en las que formar y tanta escasez de motivación y de tiempo! De ahí la importancia de la formación del profesorado para que éste introduzca adecuadamente a veces algo tan simple como lo que la propia legislación establece, es decir, la educación ambiental en una perspectiva integradora y transversal.

Recordemos que para llevar adelante este acercamiento entre alumno y medio no se necesita ser un especialista, sino estar motivado y organizar los contenidos de su área en sintonía con las demás, para que el alumno perciba la diversidad y riqueza de los valores ambientales. Quizás debería recuperarse algo de aquellas “misiones pedagógicas” de las primeras décadas del pasado siglo, en donde la voluntad de formación plena para cada alumno estaba por encima de otras consideraciones curriculares. El entusiasmo ha sido cualidad básica en todo maestro de cualquier época:

La tarea del educador -sea padre o profesor- es ocuparse de que el mayor número de ideas que los niños y jóvenes adquieren, lo sean de tal forma que se conviertan en la fuerza motivadora y guía de su conducta.

Francisco Giner de los Ríos (1839- 1915)

“La institución escolar debe atender no sólo a la inteligencia, sino a la educación del hombre por completo”



Es este sentido de apertura a lo universal que propone Giner, lo que nos sugiere que estamos ante un verdadero maestro. Son muchos los centros de interés de un alumno y la educación no puede quedar restringida al currículum oficial. Profundizando en su magisterio, la práctica del método socrático o dialógico que invita al educando a la reflexión y a la búsqueda de sus propias respuestas, ha quedado como una de las características más sobresalientes de este pedagogo.

Francisco Giner creía en la educación. Los que trabajamos para promover la educación ambiental sabemos que entre los dos términos de los que consta el concepto debe predominar el sustantivo. F. Martín Molero, pionera en la introducción de la educación ambiental en la Universidad, reforzó siempre esta idea para evitar la confusión entre lo que es educación y lo que no. La educación ambiental, se dijo en la Cumbre de Río, es una de las vías necesarias hacia el desarrollo sostenible. ¡Cuánta fe en la educación!

Desde luego, es uno de los caminos más seguros. Decía Kwan Tzu, 300 años antes de nuestra era: si planificas por un año, siembra trigo; si planificas por una década, planta árboles; si planificas por una vida, educa personas. Nada nuevo bajo el sol. Trabajar en educación es creer en su vigor y posibilidades. Éste es su haber. Su deber está en el ritmo de maduración, de comprensión, de conciencia, diferente para cada individuo. La educación requiere tiempo. De esto era también consciente Giner, que creía en la educación como motor de cambio y que, aun sabiendo de su lentitud, se preguntaba, no obstante, si existía otro camino más rápido.

La educación ambiental es imprescindible en la gestión ambiental. Igual que se cree y se desea un cambio social con conciencia y participación (frente a burdos cambios en la cúspide del poder), para la resolución de los conflictos ambientales la participación social es imprescindible. Sin una población formada y preparada para reducir su consumo –y, especialmente, su despilfarro– conservar los recursos, cuidar del medio..., no habrá solución verdadera a los problemas ambientales. Es parte de la revolución silenciosa que sugería Meadows y que sin educación es inviable. El medio ambiente recupera y reclama la verdadera educación, la que es para la vida, la que parte de la realidad y pretende transformarla, al tiempo que también lo hacemos nosotros.

Como la buena pedagogía de principios del pasado siglo, la naturaleza no queda al margen de las preocupaciones de Giner. Sus discípulos debían aprender a verla y a admirarla en sus aspectos rítmicos y estéticos, dada también la importancia que el maestro concedía al arte. Pero iban más allá, percibiendo el interés de respetarla y ennoblecerla, viéndola como una cooperadora esencial e insustituible de su labor en la vida. Por ello, organizaban excursiones, actividades frecuentes también en aquellos años, aunque, una vez más, muestra su impronta educativa ya que no se limitaban a realizarlas sin más, sino que las preparaban, explicando sus objetivos, y se discutían posteriormente.

Es la misma medida que hoy tenemos a la hora de distinguir qué es educativo y qué no en las actividades ambientales: una repoblación, una actividad en una granja, pueden ser muy interesantes, pero no educación ambiental, pues ésta requiere preparación, seguimiento y evaluación, de tal manera que forme en valores transformadores. Giner así lo entendió, y puede ser una buena pauta para cuestionar a algunas empresas que han visto en lo *verde* una fuente de negocio.

Pero aún hay más. El acercamiento ambiental de Giner, y la organización de la que él fue mentor, la Institución Libre de Enseñanza, no sólo era hacia el medio natural, sino también a los valores ambientales que hoy tenemos por muy preciados. Destacan entre ellos la austeridad, el uso racional de los bienes y el ahorro. Para muchos de nosotros, la sobriedad, austeridad o sencillez es un valor indispensable a promover frente a una sociedad consumista, generadora de necesidades ficticias y creadora de bienes efímeros. Por motivos que van desde la justicia ambiental a la ética, pasando por la salud psicológica, la austeridad es necesaria para el equilibrio personal y planetario. ¿Cómo vivirla bajo el imperativo de la moda? La respuesta, una vez más, está en la educación, la de los griegos, la de los clásicos, la de los maestros. La que apunta al ser. El consumismo no se destruye reprimiéndolo, sino promoviendo las cualidades del ser. Si esta dimensión crece y se plenifica, no harán falta sucedáneos.

Para algunos autores, como Santos Casado, Giner de los Ríos sería uno de los precursores del ecologismo en España, afirmación fundamentada en el sentido de respeto y admiración a la Naturaleza que imprimió a su pedagogía. Así, en su ensayo “Paisaje” es donde probablemente expresa mejor su pensamiento:

El goce que sentimos al hallarnos en medio del campo, al aire libre, verdaderamente libre (que no lo es nunca el de las ciudades). Se advierte que este goce no es sólo de la vista sino que toman parte en él todos nuestros sentidos. La temperatura del ambiente; la presión del aura primaveral sobre el rostro; el olor de las plantas y las flores; los ruidos del agua, las hojas y los pájaros.

Con todo, y según nos manifiestan sus allegados, el espíritu y la personalidad de Giner superaba en mucho a sus obras. Así, Rafel Altamira expresaba en ocasión de su muerte:

Por eso sus discípulos (sus discípulos digo, no sus alumnos) han recogido de él la regla de conducta que en el conocer se llama método, rigor lógico, espíritu científico, flexibilidad de criterio, y en moral austeridad, desinterés, pureza, justicia, tolerancia. Lo que en este orden representa la acción de D. Francisco supera en cien codos lo que representan sus libros y sus lecciones.

La atracción que la naturaleza le produjo le llega en 1876, hacia la mitad de su vida y cuando se funda la Institución Libre de Enseñanza, momento en que se inician las salidas al campo. Azorín ya había considerado que el sentimiento amoroso hacia la naturaleza era cosa del siglo XIX, nacido con el romanticismo, y efectivamente uno de sus representantes, Wordsworth, lo supo expresar muy bien cuando declaraba:

Soy el amante de los bosques, praderas y montañas... dichoso de reconocer en la Naturaleza y el lenguaje de los sentidos, el sustento de mis pensamientos más puros, la nodriza, el guía, el guardián de mi corazón y de mi alma.

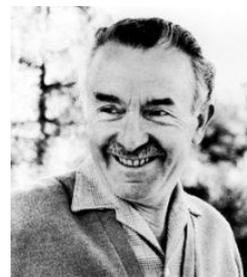
No muy diferente, por cierto, a la reflexión apasionada del gran poeta americano Walt Withman en su “Hojas de Hierba”, reflexiones muy cercanas a los sentimientos de Giner.

La Institución Libre de enseñanza realiza su primera excursión a la Sierra de Guadarrama en julio de 1883, volviendo en 1885 y en los años siguientes. De estas excursiones surge la idea de crear una Sociedad para el Estudio del Guadarrama, lo que se establece en 1886, estando sus estatutos directamente inspirados por Giner, para el que el fundamento de la Sociedad era el contexto purificador de la Naturaleza:

Si a esto se agrega el bienhechor influjo que las largas marchas por el campo, la ascensión a las montañas, la fatiga corporal, la frecuente variedad de nuevos espectáculos, el alpinismo en suma, bajo todas sus formas ejerce, no sólo es la salud física (la que sale beneficiada), sino tanto más y todavía, la educación del espíritu y el carácter moral del individuo.

Celestin Freinet (1896 – 1966)

“Nos empeñaremos en unir cada vez más la escuela con el pueblo”



Freinet es otro de los grandes maestros de la pedagogía activa. Apasionado como Giner del trabajo (*lo natural en el niño es el trabajo y no el juego*, escribe en sus “Invariantes Pedagógicas”) ve en *el aprender haciendo* la vía natural de formación. Es un hombre comprometido con la pedagogía popular, y crítico frente al capitalismo, actitud compartida por la mayor parte de los verdaderos pedagogos, por su carácter mercantilista que sólo ve utilidad a lo que ofrezca posibilidad de negocio. Sin embargo, hay un valor que interesa especialmente a la educación ambiental, y es el de la cooperación. Sin duda, un revulsivo anticapitalista por cuanto este sistema apoyará al individuo y la competencia, actitud –reconozcámoslo- que también ha imbuido el espíritu escolar. La cooperación se sitúa como un marco de trabajo para resolver los problemas, realizar las actividades y apoyo de unos a otros. Freinet llevó la cooperación también a los profesores con la creación de cooperativas profesionales.

En educación ambiental, la cooperación es uno de los valores principales. El análisis ambiental no puede realizarse desde una sola óptica, se necesita la aportación interdisciplinar, que es lo que hoy forma empresas y equipos. En cuanto a la propia educación (volveremos a Freire, *nos educamos en comunidad*), rara vez se trabaja aisladamente. Estudios de campo, actividades en el medio, trabajos de investigación..., conviene que sean cooperativos. Campañas, seminarios, encuentros..., también deben serlo. Con la cooperación se reduce el esfuerzo y se multiplican los resultados. El clima de diálogo, reflexión y debate contribuye a la formación interna y favorece el apoyo mutuo según las capacidades de los componentes (el apoyo mutuo y la cooperación fueron definidos por Kropotkin como un indiscutible factor de evolución, tanto en las especies animales como en los seres humanos).

Por otra parte, Freinet se manifestaba en contra de los libros de texto obligatorios y a favor de las revistas escolares. El valor de la revista es importante, refleja y reúne el trabajo escolar y lo divulga. En educación ambiental tampoco hay libros de texto. Se han escrito importantes aportaciones, pero ninguno es dogma, por lo que el cuerpo de la educación ambiental continúa construyéndose; no tanto los conceptos y metodología, definidos ya desde Tblisi en 1977, sino su aplicación a los nuevos desafíos ambientales y su imbricación con los aspectos sociales y políticos que refuercen su carácter transformador. La apuesta de Freinet por las asambleas de clase como espacio y tiempo orientados al planteamiento y resolución de los problemas, muestra el perfil

democrático y participativo de este pedagogo, imprimiendo una metodología que tampoco nos es extraña.

El gran reto de la educación ambiental es el de crear conciencia. ¿De qué manera? Difícilmente por las actividades convencionales docente – discente, sino más bien mediante las vías de aprendizaje en las que el propio alumno observa, cuestiona e incide, deseablemente, modificando la realidad. Sin embargo, sí queda una vía para favorecer la conciencia dentro del aula: es el debate. Proponer, por tanto, debates y encuentros puede ser profundamente formativo por cuanto obliga a definirse, a tomar partido, a contrastar sus criterios y opiniones. Pueden ser debates alrededor de algún centro de interés o ejercicios de simulación (antes conocidos como psicodramas), en los que el alumno entra en la piel de un personaje, interpretándolo. Una actitud dialógica por parte del profesor, buscando más la reflexión del alumno que la exposición de sus puntos de vista contribuirá a conseguir que la educación despierte la conciencia, como también afirmaba Emmanuel Mounier.

La clara apuesta de Freinet por la actividad y el trabajo, que irán perfilando en el niño el sentido de la vocación, es también metodología y objetivo de la educación ambiental, por cuanto nada llegaría a descubrirse y asimilarse si no es dentro de un proceso de aprendizaje. Freinet aún va más allá al proponer la comunicación de los trabajos, es decir, que los resultados conseguidos no deben quedarse sólo en los logros personales, sino que deben ser transmitidos. En la parte final del modelo de actividades en educación ambiental, se comparte el mismo objetivo: hay que divulgar las conclusiones y darlas a conocer en sus ámbitos más adecuados.

Lo que Freinet propuso a los educadores fue una opción de vida, de escucha a la naturaleza en el sentido más amplio del término. Quizás esto haya convertido al pedagogo francés en maestro de maestros, como también lo han hecho otros, encarnados igualmente en la causa educativa. Hoy, en donde los profesores no tienen tiempo más que para explicar su temario, no está de más recordar a enseñantes de la talla de Freinet, Ferrer o Milani, para los que su amor a la educación y la promoción de las personas era tan fuerte, que no había horarios, ni tiempo, ni separación del trabajo y de la vida. Si los grandes artistas no logran tampoco seccionar creación y vida, ¿qué otra cosa habría que esperar de quien ha elegido trabajar para la promoción de los seres humanos?

Como último punto, también compartido, está su fe en la asociación como vía práctica de materializar la colaboración. Para los que creemos en la educación ambiental, estar asociado es imprescindible. Más allá de aspectos corporativos, es la vía para aunar esfuerzos y voluntades, y promover proyectos comunes. Estar asociado, pertenecer a un colectivo es la manera efectiva de intervenir públicamente, al tiempo que crea trama civil fortaleciendo el tejido social. Muchos movimientos de renovación pedagógica así lo han entendido (el Movimiento Cooperativo Escuela Popular ha sido uno de ellos), si bien hoy se asiste a cierto declive, no tanto en las ideas sino en las

personas que las abanderan. Nuevos movimientos pedagógicos, como los educadores ambientales (cuando se realiza con fidelidad al sustantivo) pueden ser hoy los continuadores de los anteriores.

Jean Piaget (1896 – 1980)

“Para mí la educación consiste en hacer creadores, aunque no haya muchos...Pero hay que hacer inventores, innovadores, no conformistas”



Situado entre la pedagogía y la psicología, quizás sea la figura de mayor influencia en la pedagogía moderna. Tal vez sorprenda su formación como psicólogo (y no en ciencias de la educación), lo que no hace sino constatar las aportaciones que desde otras disciplinas se han hecho a la educación (panorama similar lo ofrece la educación ambiental), con abundante presencia de psicólogos, médicos o científicos.

La visión de Piaget, en síntesis, es la de un organismo que al actuar sobre el medio y modificarlo, lo hace también sobre sí mismo, bella imagen didáctica en la que coincide con Marx o Freire. El conocimiento para él se origina en la acción transformadora de la realidad, ya sea material o mentalmente. La realidad, una vez más, como punto de partida y estímulo para que abandonemos conocimientos abstractos y lejanos a los intereses de educadores y educandos.

Piaget introdujo y defendió el constructivismo en la educación. Entendemos por tal una concepción del conocimiento en la que éste es el resultado de la interacción entre la dotación inicial con la que nacen los seres humanos y su actividad transformadora del entorno. Este punto de vista se ha adoptado en muchas corrientes de educación ambiental, sobre todo en América Latina. Y se ha convertido en uno de los pilares más importantes para nuestra disciplina. El constructivismo parte de las ideas previas de los alumnos para, sobre ellas, “construir” el próximo escalón del conocimiento. Supone, por tanto, la indagación y la escucha para conocer sus criterios y opiniones, y establecer sobre ellos una reflexión y debate, bien para reorientar puntos de vista equivocados, bien para ahondar en el conocimiento de un determinado tema. Este enfoque es más eficaz y motivador que el tradicional, que deposita teoría sin atender a las características propias de cada sujeto.

Bajo un prisma constructivista, la clase no supone un grupo homogéneo. Hay diferentes niveles de intereses y conocimientos, aun en un mismo curso. Uno de los principios clave de la pedagogía activa ha sido conocer esos saberes previos con los que cada alumno llega para, a partir

de ahí, elaborar, en lo posible, una propuesta individualizada. Esto se realizaba mediante los pre-test, de tal manera que, ante el inicio de un tema, aquellos alumnos que demostraban conocerlo (no es infrecuente la repetición de contenidos a lo largo del sistema educativo), no tenían por qué volver a escucharlo y en su lugar podían realizar una tarea individualizada de mayor aprovechamiento.

Construir supone la existencia de conceptos –construcciones- anteriores. La pedagogía activa se ha destacado por huir de planteamientos uniformes dirigidos al grupo de alumnos y proponer, más bien, caminos diferentes en función del conocimiento e ideas previas que se tienen sobre un determinado tema. Así es también en la enseñanza ambiental –disciplina, por tanto, constructivista- pues no puede abordarse un área sin conocer lo que previamente se sabe de ella. Esto permitirá un enfoque más acorde con los intereses y objetivos que se persiguen, dando a cada tema una verdadera proyección formativa.

Lorenzo Milani (1923 – 1967)

“La obediencia ya no es una virtud, sino la más sutil de las tentaciones...Es necesario que cada uno se sienta el único responsable de todo.”



Hablar de Lorenzo Milani y de la escuela de Barbiana, es hacerlo de uno de los más bellos proyectos pedagógicos, y no por las formas sino por la vocación, la autenticidad y la fe en la educación como herramienta de crecimiento y transformación. Milani recogió a los chicos problemáticos de las escuelas convencionales y en Barbiana, localidad cercana a Florencia –su ciudad natal- fundó una escuela permanente dando la palabra a los alumnos. En unos momentos en los que todos parecen huir de la escuela –el viernes a mediodía, profesores y alumnos se frotan las manos- y tanto pesan los horarios –los profesores ya “no pueden más”- la modesta escuela de Barbiana, abierta las 24 horas, nos da a todos una lección ejemplar. Cuando la escuela es cercana a los intereses de los alumnos, éstos no huyen ni la odian, sino que la buscan como un entorno cercano y amistoso. En tal marco no cabe el fracaso escolar.

En educación ambiental decimos que el futuro está abierto y que no hay nada escrito ni predeterminado. En nuestra sociedad el futuro es algo que solemos ver como espectadores, con gran alborozo para las clases dirigentes, dejando que la historia corra por su propia inercia y delegando nuestro importante trozo de responsabilidad social. La educación quiere derribar ese mito. Si antaño las clases dirigentes temían a la educación, era porque sabían del peligro de un

pueblo formado. Si este miedo ya no existe es porque tampoco hay Educación y la escuela se ha convertido sólo en lugar de preparación académica. Los pedagogos y los verdaderos maestros alzan su voz frente a esta degradación escolar, reivindicando la formación, la construcción del ser humano, la creación de espíritus críticos y rebeldes en su sentido más constructivo, la preparación de personas responsables que sepan dirigir sus vidas y hacer valer sus criterios y opciones sociales.

En esta línea, Milani introduce un aspecto esencial en la educación y en la conciencia: la no colaboración. Su aspecto más conocido es la no colaboración militar, es decir, la objeción de conciencia, pero el término es mucho más amplio. Lo repetiremos una y otra vez: nuestra sociedad, organizada a modo de pirámide, recibe los mensajes desde el poder, y lo que al poder económico le interesa (no importan las consecuencias ni para los hombres ni para el medio) es que consumamos y compremos. Pero este mensaje se puede devolver. El hombre, decía Bertolt Brecht, tiene un defecto: puede pensar, y es desde esa reflexión desde la que podemos articular nuestra objeción y rechazo.

Hoy más que nunca debemos ser objetores. Desde nuestra práctica no violenta debemos declinar la oferta de consumo y ocio que el sistema ofrece y apostar por unos nuevos valores y una nueva cultura: la de la sencillez, la del ser, la de la búsqueda de la felicidad en lo gratuito (que, por otra parte, es dónde sólo se encuentra), la de la solidaridad, la del compromiso por un mundo más justo. Debemos ser conscientes del poder que tenemos, mucho más del que nos imaginamos. Empoderar es descubrir lo que ya se tiene para ejercitarlo. La fuerza del ciudadano puede ser muy alta y el reto está en dejar de ser masa para convertirse en personas conscientes y organizadas. Esta tarea tan importante que tenemos entre manos puede dar fruto, pero para ello hay que tener continuidad, no actuando por impulsos ni visceralidad, y organización. Recuperar la sociedad civil supone participar en el entramado de asociaciones y colectivos que, desde diferentes ámbitos, trabajan por la justicia en todas sus formas.

Ésta es la revolución silenciosa que hoy tenemos pendiente. Probablemente no hay otra y si la hay, será siempre acompañando a ésta. Olvidemos los planteamientos “light” y dispongámonos a trabajar por la justicia, exigencia ética para toda persona de bien. La formación también es un deber para alcanzar conciencia política, otro de los atributos propiamente humanos, sin el cual comenzamos a degradarnos. Y desde la formación y la conciencia surgen criterios y responsabilidad ante uno mismo, y valores y nuevos estilos de vida. Cultura es cultivo y qué mejor cultivo que el de la propia vida. Sólo alcanzamos la madurez, decía Mounier, cuando adquirimos estas fidelidades, y hoy el objetivo más urgente de la educación no deben ser la física ni las matemáticas, sino esta formación que conduzca a la praxis. Está en juego dejar de ser “ciudadanos anónimos” (término que tanto gusta utilizar al sistema), para convertirnos en personas con nombre y peso propios.

Añádase, además, que para la salvación del planeta y sus especies, esta posición crítica y objetora es imprescindible: desde la bolsa de plástico del supermercado, el exceso de envase, el derroche de energía, el coche particular, las drogas (legales o no), la moda y sus cambios incesantes. Ser críticos, no sólo nos hace crecer como personas y nos educa comunitariamente, sino que es nuestro primer arma para proteger el medio. Vendrán también las firmas, los votos, las manifestaciones..., pero acompañando siempre a la objeción como única forma de esta instalado en el sistema.

Rasgo importante, también, de esta pedagogía es el de aprender juntos, el aprendizaje colectivo. Se vuelve a eliminar la tarima para emprender entre todos un camino compartido. La traducción a un aula de educación formal estaría en la actitud de escucha por parte de los profesores, de diseñar horizontes abiertos, de no decir la última palabra. La educación no formal es muy diferente, allí sí debe existir una metodología dialógica, que combine el enseñar aprendiendo con el aprender enseñando y que conduzca al crecer, educar, liberarnos en comunidad.

El análisis de los medios de comunicación, incluidos los libros de texto, ha sido lugar común en la pedagogía activa. Al libro de texto se le ha considerado, con razón, como un corsé, un camino marcado de antemano que deja poco espacio a la creatividad y al pensamiento. La comodidad de algunos profesores ha sintonizado bien con los negocios editoriales, de modo que seguir el libro ha supuesto seguridad para todos, nadie se puede perder con un hilo conductor de tal calibre. Sin embargo, no ha sido éste el criterio de los buenos maestros para los que, en general, queda como algo accesorio. Freinet fue uno de sus detractores más destacados, así como los maestros y escuelas Waldorf, en cuya exquisitez pedagógica el libro lo va realizando el alumno cada día a partir de sus experiencias y observaciones.

En los círculos de Barbiana los textos son comentados y criticados. También los medios de comunicación. Un cuidadoso análisis de los mismos pueden convertirse en la mejor lección de política y, tras ella, del poder, sus resortes y mensajes. No es éste el lugar de ahondar sobre esta técnica, pero sí de insistir en su conveniencia y en lo que supone de apertura al mundo, traspasando las rígidas, a veces, paredes escolares. Para la formación ambiental, la lectura de la prensa es también una práctica muy recomendable. No sólo ayuda a enmarcar las noticias ambientales en un contexto político más amplio, sino que sus contenidos, extensión, fuentes..., nos dan una idea cabal de la importancia que se les concede. Y sobre todo su carácter, informativo, divulgativo, científico, catastrófico...nos mostrará su intencionalidad. La lectura de la prensa, imprescindible en educación ambiental y común en los estudios ambientales, ha tenido su precedente en las escuelas de pedagogía activa.

“No hacemos nunca recreo y jamás un juego”, dicen los alumnos de Barbiana. Cuántos docentes se echarían las manos a la cabeza. ¿Demasiado trabajo? ¿Se volverían los alumnos

inaguantables? Ya nos había dicho Freinet que lo natural en el niño no era el juego, sino el trabajo. Aunque tal vez haya que contemplarlo dialécticamente, pues si bien es verdad que aprendemos jugando, también lo es que para el que juega esto es tan importante como su trabajo. Mas cuando crecemos y nos vamos aficionando, interesando, entusiasmando por algo, ¿qué ocurre? Nos entregamos, finalmente, a la actividad que nos complace, olvidándonos de su intensidad y horarios. Igual ocurre cuando el trabajo es vocacional, podemos llegar a hacernos una sola cosa con él, porque responde a nuestros intereses profundos.

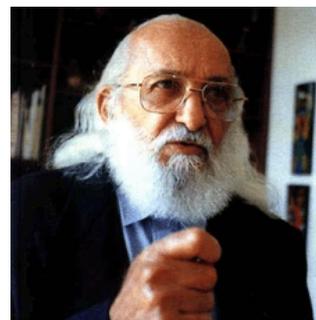
La clave está, pues, en motivar, la única función que define a un maestro. Despertar intereses, crear expectativas, mostrar horizontes, derribar fronteras. Una de las áreas más atractivas para los jóvenes es la naturaleza, el medio con toda su riqueza. Desde aquí puede producirse un fuerte magnetismo que lleve al alumno a implicarse en el cuidado y protección de su entorno, de su planeta. Si se compromete con esta tarea, posiblemente no tendrá plazos ni tiempos. Y estas personas comprometidas de tal grado son las que más nos interesan.

El objetivo más elevado para Milani es utilizar el conocimiento sólo para ponerlo al servicio de los demás. Hermoso ideal que convierte los saberes en algo útil, necesario para el desarrollo de las personas. El academicismo imagina a veces los cerebros como contenedores donde meter conceptos, no importa lo lejano o cercano que se encuentren de los intereses esenciales de cada uno. Ese es el profesor funcionario, burócrata o inexperto que sólo busca cumplir con su programa, pero cuya actitud viene de perlas al sistema, que necesita preparación técnica en los alumnos, sin adentrarse en lo que puede hacer pensar o sentir. En este sentido podemos decir con orgullo que la presencia escolar de la educación ambiental no viene (o no debería venir) a añadir más teoría a los apretados planes de estudio, sino experiencias y reflexiones vitales, saberes útiles, en suma, que, bien orientados, permitirán crecer a las personas.

Terminaremos con el lema expuesto en las paredes de la escuela de Barbiana: *“Me importa”*. Revela la actitud de compromiso ante la vida, y se coloca en las antípodas del occidental *“yo paso”*. Aquí no se pasa de nada, todo interesa, lo primero, la suerte de los seres humanos – *nada de lo humano me es ajeno*– especialmente de los más desfavorecidos, y la del medio, inseparable en su destino de la de aquéllos. Nos importan los otros, la naturaleza, el futuro, y por eso conocemos, amamos y nos comprometemos.

Paolo Freire (1921 – 1997)

“Nadie se educa a sí mismo; nadie se educa solo. Nos educamos en comunión mediatizados por el mundo. La educación es un acto de amor, por tanto un acto de coraje. No puede temer el debate, el análisis de la realidad. Nadie puede huir de la discusión creadora bajo pena de ser una farsa.”



Paulo Regles Neves Freire nació el 19 de septiembre de 1921 en Recife. Su padre muere en 1934, teniendo él la edad de 13 años y quedando la madre al cargo de sus cuatro hijos. Quizás este hecho le forjó un carácter altamente responsable. El hogar era pobre, lo que retrasó y dificultó sus estudios: realizó el primer curso de secundaria a los 16 años, edad a la que sus compañeros de generación estaban ya en la Universidad. Tras la obtención de una beca, a los 22 años ingresó en la Facultad de Derecho, donde conseguiría su licenciatura.

Si las pedagogías anteriores tienen bastantes convergencias con la ambiental, quizás sea la de Freire la más cercana, pues en ella no se rescatan aspectos –como pudo ocurrir con las anteriores- sino la totalidad. En su desarrollo se conjuga la realidad como fuente y referencia, la praxis como metodología y la transformación como objetivo.

El ser humano es para Freire un sujeto histórico, como ya tratamos en el capítulo de valores. Esto lo coloca en una perspectiva dinámica, inacabada, que requiere inexcusablemente su trabajo para avanzar en la historia. El hombre es consciente de su futuro, algo que no debe delegar y emplea en ello uno de sus mejores atributos: el trabajo. Trabajar, por tanto, no es sólo el desarrollo de una actividad que nos permite vivir, sino el ser artesanos sociales, promoviendo y mejorando todo lo que de bueno tiene el mundo para continuar nuestro avance. Y no hay término medio, todo lo que no vaya hacia delante nos hace retroceder.

Nos hemos referido con frecuencia al valor de la praxis como forma de situarse ante la realidad. No puede ser nada más profundamente educativo. El pensamiento y la acción son los que nos hacen aprender y, sobre todo, lo que nos forma la conciencia. No sólo estudio, no sólo actividad, sino combinación dialéctica de ambas. Para la educación ambiental la evaluación es una etapa imprescindible, muchas veces olvidada, que viene a cerrar el ciclo de unas actividades previamente preparadas.

En ese panorama la educación no puede quedar como una opción ingenua, insípida, al margen del mundo (o quizás creyéndose por encima de él), sino que debe “inmiscuirse”, comprometerse con la sociedad de su tiempo. Y si la educación, según los clásicos, tiene que ser bondad, belleza o desarrollo humano, parece que para reivindicar estos atributos, debe ser crítica. La escuela debe ser así observadora, reflexiva, crítica y propositiva. La pedagogía de Freire apunta a seres humanos sujetos y maduros, al tiempo que pone en cuestión la pedagogía oficial, frustrante y desmotivadora, volcada hacia sí misma, ignorante del mundo que la circunda.

La pedagogía de Freire baja de la tarima (y libera) al profesor. Lo propone dialógico y receptivo, no depositante de conceptos ajenos en muchos casos a él mismo y a los alumnos. Fiel a la máxima *nadie lo ignora todo, nadie lo sabe todo*, sale al encuentro de los educandos para construir conjuntamente a partir de sus visiones. El pensamiento de Freire apunta así a una pedagogía para la vida: *reconozco la realidad, reconozco los obstáculos, pero rechazo acomodarme en silencio*, escribió en una de sus últimas obras. Refleja en ella la actitud de aprendizaje permanente, de atención constante, de considerar la vida como la mejor de las escuelas. Pero no sólo eso: es también una actitud rebelde que con gran lucidez considera a quienes hacen el juego a los poderosos, a los neutrales, a *los que no toman partido hasta mancharse*, como diría Gabriel Celaya.

Será conveniente volver a insistir sobre la falacia de la neutralidad. En una sociedad dividida en clases, en la que una minoría controla el poder económico y orbita a su alrededor el resto de los poderes del Estado, “no meterse en política” significa lisa y llanamente aceptar el orden dominante. El poder se complace ante el “buen ciudadano” que se ocupa sólo de sus menesteres –su familia, su trabajo, sus compras- pero “sin complicarse la vida”. Esta sopa insípida que forman los “ciudadanos neutrales”, rechazada incluso en la Biblia con la expresión *al tibio lo vomitaré*, es el mejor soporte para este orden mundial responsable de la degradación ambiental y de las condiciones de miseria que sufren 1.000 millones de personas en el planeta, y que hizo decir a Martin Luther King tras una de sus detenciones: *no he sentido tanto el daño de los malos como el silencio de los buenos*.

En otro momento dirá Freire que *la educación precisa tanto de formación técnica y científica, como de sueños y utopía*. Preciosa combinación que resume el objetivo que debiera tener todo centro escolar: preparación académica, pero también (y sobre todo) preparación para la vida. Y no sólo para la vida cotidiana, sino que debe hacer entrar la utopía en la escuela, lo que nos vuelve a hablar de transformación, de compromiso por una sociedad nueva. En la escuela se aprende desde la realidad, pero no sólo para interpretarla –lo que sería el primer paso- sino para modificarla.

La educación ambiental no es ajena a estos sueños. Pretende una sociedad sostenible donde la justicia y la equidad sean dos de sus valores más emblemáticos. Llegar hasta ahí supone recorrer un camino en el que no valen las componendas. Los actuales parámetros de consumo de la sociedad occidental deben modificarse si no queremos terminar con el capital natural de nuestro planeta. Y la ineficiencia energética debe corregirse si deseamos atajar el grave fenómeno del cambio climático. Por lo tanto, hay que proponer compromisos firmes para reconducir estos sinsentidos hacia un mundo más justo y razonable, y ello desde los valores y desde la acción colectiva.

Las personas como sujetos de la historia es uno de los ejes principales del pedagogo brasileño. Se trata de uno de los fundamentos más sólidos de cualquier pedagogía liberadora. También en esto hemos insistido: la historia no es algo a lo que asistamos como espectadores, sino lo que construimos día a día. La historia no son los titulares de los periódicos o las cabeceras de los telediarios a los que acudimos para enterarnos “de lo que ha pasado”. Historia son nuestras manos, los pasos que damos desde la base de la sociedad, verdadera fragua del porvenir. Y este carácter histórico, protagonista, tuyo y mío, es lo que bajo ningún concepto podemos olvidar.

La dimensión comunitaria es imprescindible para esta pedagogía dialógica: aprendemos en comunidad. Para el educador ambiental es parte de su práctica diaria. Según el constructivismo, antes comentado, previamente al inicio de un programa hay que conocer lo que el alumno sabe. Esto ya nos da opción a dialogar, aunque a partir de ahí, toda la práctica de la educación ambiental supone una permanente escucha desde la que surgirá la reflexión y el cuestionamiento. En el debate, la campaña, la encuesta a la población..., estamos aprendiendo y enseñando. Salir al encuentro de los demás es la mejor vía para el aprendizaje colectivo.

Una economía incapaz de programarse en función de las necesidades humanas, que convive indiferente con el hambre de millones, a quienes todo les es negado, no merece ni mi respeto como educador ni, sobre todo, mi respeto como persona. Tras esta reflexión no debe sorprendernos que la finalidad de la educación para Freire fuera la liberación de toda realidad opresiva, de toda injusticia. Y esto sólo es posible con personas educadas, vale decir, concienciadas, comprometidas y dispuestas a actuar para la consecución de un mundo más justo.

La educación popular y comunitaria implica ir más allá de la estrechez de libros de texto y paredes escolares. Quizás en Occidente lo habitual sea la instrucción y el trabajo intelectual, pero desde los países latinoamericanos y, en general, desde las comunidades que todavía se conservan como tales, otras tradiciones son igualmente importantes. Por eso proponemos a nuestros alumnos que salgan, entrevisten y dialoguen con la gente, que escuchen, como una de las mejores formas de aprender. Recibirán así nuevas percepciones, imprescindibles para comprender cabalmente la realidad.

Estas metodologías entroncan muy bien con la educación ambiental no formal, tan importante o más que la curricular. En ellas se dan las condiciones para desarrollar programas consensuados bajo metodologías cooperativas y en ambiente de mayor libertad. Es imprescindible que la educación ambiental llegue a los sindicatos, a las asociaciones de vecinos, de mujeres, de mayores..., procurando que no se queden sólo como alumnos sino convirtiéndose en agentes que, mediante esta vía de intervención social y cultural, lleguen a más sectores de sus colectivos. No tendría sentido que estas tareas se desarrollasen mediante las vías de intervención clásicas tras haber escuchado las propuestas que Paulo Freire y otros pedagogos nos sugieren para la educación de adultos.

El recuerdo de Freire termina con el móvil que debe animar a todos los educadores: el amor. Enseñar, nos recordaba, es algo específicamente humano que hace posible el carácter histórico de nuestra especie. Y específicamente humano también es el amor, no pasión ni acto instintivo, sino acción, como nos recordara Erich Fromm. Nada importante puede ser emprendido sin amor, y no digamos si la tarea tiene que ver con seres humanos. Por ello, no nos sorprende que Magdalena, hija del pedagogo, nos ponga en su boca frases que son principios como *es preciso amar para educar, aprender y enseñar*, lo que supone que *el educador cumple su papel cuando permanece al lado de los otros*. Verdaderos atributos humanos como el amor o la fidelidad deben constituir el fundamento último de nuestra vocación y compromiso.

Bibliografía

- Cambi, F.: *Las pedagogías del siglo XX*. Popular, Madrid, 2006.
- Carreras, Ll et al.: *Cómo educar en valores*, Narcea, Madrid, 1998.
- Cuadernos de Pedagogía: *Pedagogías del siglo XX*. Cisspraxis, Barcelona, 2000.
- Hernández, L. E.: *Paulo Freire*. Fundación Emmanuel Mounier. Madrid, 2002.
- Velázquez de Castro, F.: *Los valores revolucionarios de la educación ambiental*. Grupo Editorial Universitario, Granada, 2007.